



Desarrollo Rural **32** EXPLORACIONES

**Fiesta de la semilla “Muyu Raymi”:
Agrobiodiversidad, mujeres e identidad**

Créditos

Ecuador, agosto del 2016

Autor:
Stephanie Andrade Vinuesa

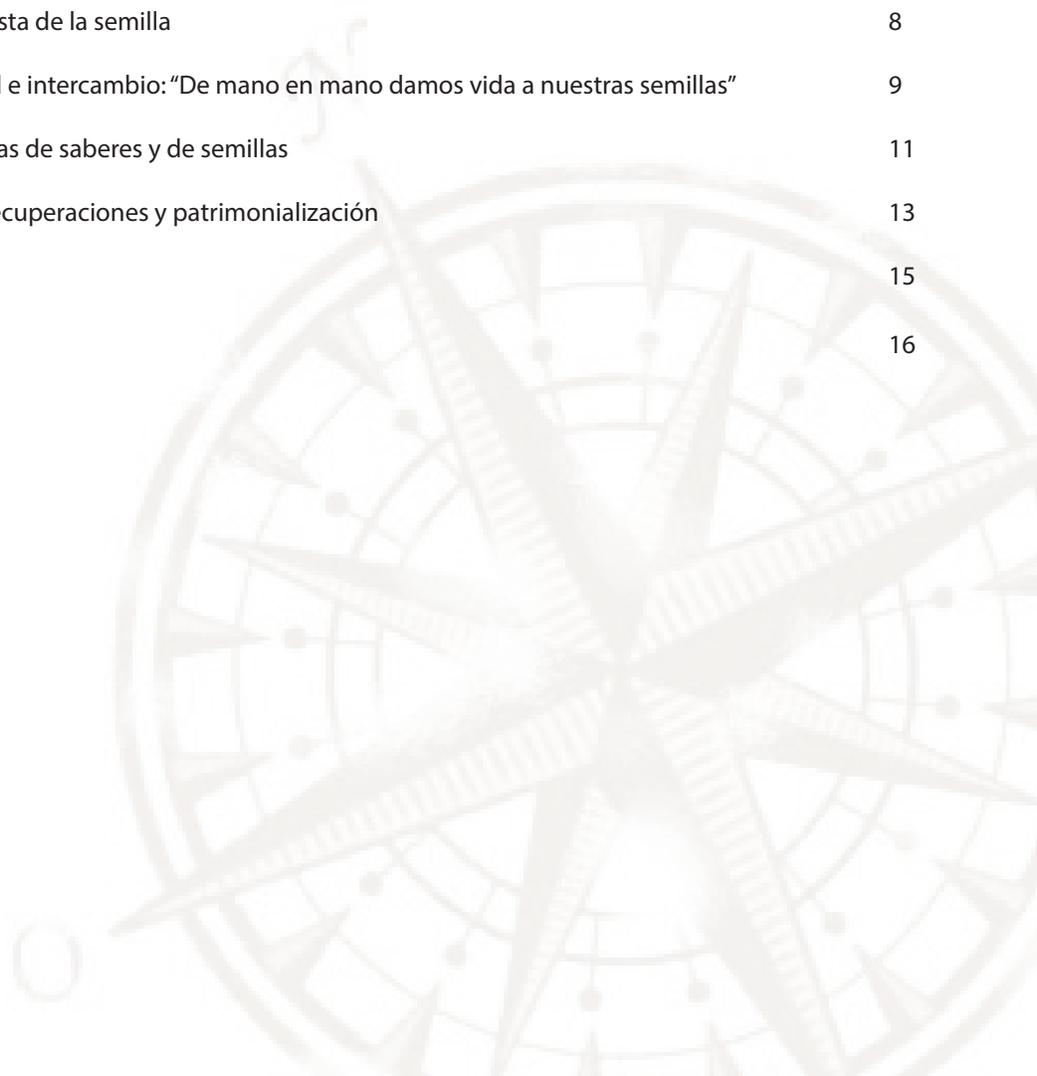
Edición, diseño y diagramación
IPDRS

* Este texto es una versión editada sin la revisión de la autora.

* Este ensayo salió en segundo lugar del Concurso "Alimentos y pensamientos siempre en agenda", versión 2016, convocado por el Instituto para el Desarrollo Rural (IPDRS).

Índice |

| | |
|---|----|
| Muyu Raymi: la fiesta de la semilla | 8 |
| Agrobiodiversidad e intercambio: “De mano en mano damos vida a nuestras semillas” | 9 |
| Mujeres: guardianas de saberes y de semillas | 11 |
| Identidad: entre recuperaciones y patrimonialización | 13 |
| Palabras finales | 15 |
| Bibliografía | 16 |



Fiesta de la semilla “Muyu Raymi”:

Agrobiodiversidad, mujeres e identidad

Este ensayo tiene como propósito principal dar a conocer la relevancia de la festividad del Muyu Raymi, una iniciativa de resiliencia agrícola. Para ello, en un primer momento, se hará una breve contextualización que permitirá entender la fiesta en el marco de una realidad climática, social y política particular. Luego, se describirá el Muyu Raymi enfocando tres ejes fundamentales: la agrobiodiversidad, las mujeres y la identidad. Este ensayo se nutre de conversaciones, opiniones y experiencias vividas en el marco del Muyu Raymi que se llevó a cabo el 13 de agosto del 2016

Se levanta el sol en el horizonte. Sus rayos dan la bienvenida al nuevo día mientras, en su pasar, van coloreando todos los rincones de la cordillera andina. En uno de esos tantos rincones iluminados, entre los andes del Ecuador equinoccial, el sol se detiene en su camino para saludar a la Mama Cotacachi y al Taita Imbabura. A cerca de cinco mil metros de altura, en la provincia de Imbabura, ambos volcanes protegen sus tierras, sus aguas, sus campos y, protegen también a su gente, a la gente que, por gratitud, respeto y dependencia, cuidan, a su vez, de ella y de él: su Mama y su Taita. En sus faldas, la Mama Cotacachi contiene a la población del cantón que lleva su nombre, donde habitan 40.036 personas. De ellas, 53,53% es de población mestiza, 40,55% es de población indígena y 0,78% es de población afroecuatoriana. El cantón de Cotacachi cuenta con 11.513 personas ocupadas, de las cuales 2.359 trabajan en el sector urbano y 9.154 en el sector rural. En el área rural, 5.062 de la población activa, es decir más del 55%, se dedica a actividades relacionadas con agricultura, ganadería, silvicultura y pesca (INEC, 2010). En este rincón de la cordillera de los Andes, el trabajo con la tierra es preponderante en relación a otras ocupaciones pues más de la mitad de la población se dedica a labores que dependen del acceso a la tierra.

El cantón de Cotacachi es el más grande de la provincia de Imbabura, cuenta con una extensión de 1.687,4km² y representa el 36% de la superficie total de la provincia. La cordillera de los Andes, repleta de ecosistemas diversos, invita a sus pobladores y pobladoras a que se mantengan en constante adaptación para el adecuado aprovechamiento, cuidado y protección de los recursos naturales y de todo ser vivo. La variedad climática y ecológica de esta zona andina tan biodiversa plantea desafíos complejos para la vida cotidiana de sus poblaciones puesto que la cotidianidad está siempre determinada en base a la variabilidad geográfica, climática y ecológica.

La Mama Cotacachi, en sus zonas bajas y en sus zonas altas, provee fertilidad y alimento para sus hijos e hijas, pero ellos y ellas, a su vez, requieren de sabiduría, de conocimientos y de secretos para emprender el desafío cotidiano de subsistir en medio de las incertidumbres por la compleja variabilidad a la que están expuestos

día a día. Estas incertidumbres no solamente tienen que ver con términos relacionados a las fuerzas de la naturaleza, sino también y, sobre todo, a las condiciones globales tanto políticas, económicas y culturales que, de manera más o menos visibles, determinan las decisiones y prácticas de la población cotacacheña.

Por un lado, las fuerzas de la naturaleza han traído consecuencias muy evidentes en relación al cambio climático, y esto representa una preocupación ante los efectos cada vez más presentes del calentamiento global. Hace cuarenta años atrás, la cima de la Mama Cotacachi estaba cubierta de nieve, las personas de las comunidades aledañas recuerdan con nostalgia el paisaje de un gran cerro emblanquecido.

Así, la desaparición de la parte superior del glaciar de Cotacachi es el impacto más visible del cambio climático. Actualmente, la cima es negra y su blancura está solamente en la ilusión y el recuerdo. Sumados a esta situación, la disminución de las precipitaciones y la variabilidad climática causan estragos y confusiones en la vida cotidiana de las comunidades agricultoras.

La estación seca y la estación lluviosa son cada vez más irregulares, esto evita que se pueda llevar adelante una adecuada planificación en relación a los procesos agrícolas y las etapas de siembra. La lluvia solía caer con más abundancia y solía durar períodos más largos. Y ahora, el agua cae en lloviznas y, además, viene de nubes contaminadas (Rhoades, 2006).

La sequía afecta de manera abismal a las comunidades agricultoras, aún más considerando que la mayoría de la población del cantón de Cotacachi se dedica al trabajo agrícola. Testimonios como el siguiente expresan con angustia que el año anterior se perdieron muchos productos a causa de la sequía: “en las partes altas, los productos sí han madurado porque tenemos agua de riego, pero en las partes bajas se ha perdido todito el maíz. Falta la lluvia”.[1]

Desde la cosmovisión indígena, el fenómeno de la sequía responde a determinadas actitudes y prácticas humanas. El ser humano forma parte del cosmos y, por tanto, su caminar por este mundo y las decisiones que toma construyen efectos y realidades para sí mismo y para otros seres vivos. Todo está relacionado. Carmita, integrante del Comité Central de Salud de la Unión de

Organizaciones Campesinas Indígenas de Cotacachi (UNORCAC), explica el fenómeno de la sequía durante el acto ceremonial del evento:

“¿Por qué nosotros tenemos problemas? Es porque no agradecemos a nuestra Madre Tierra al momento de cosechar. Para hacer cualquier cosa no nos encomendamos, empezando por mí. A la madre tierra tenemos que tenerle cuidado, dándole comida. Asimismo, a nuestra Madre Agua, Madre Viento y al Abuelito Fuego. El Abuelito Fuego es quien nos brinda calor, pero ahora pidamos que también nos brinde agua ya que es lo que ahorita estamos necesitando. Y a la Madre Viento que enfríe cuando haya mucho calor, sólo así podremos vivir porque no podemos vivir sin estos cuatro elementos o con algún elemento separado [...]. Quemamos plásticos o arrojamos las basuras al agua. Tenemos que enseñar a nuestros niños que la basura, por más mínima que sea, contamina el ambiente. Si alguno chupara un caramelo, pues la fundita debe guardarse en el bolsillo para que luego lo deposite en un tacho de basura. Por no hacer estas cosas es que estamos en estos problemas de la sequía, y luego decimos que Dios no nos da fruto, que Dios es quien nos castiga, cuando en verdad en nosotros mismos está el problema”.

La sequía es una respuesta ante la falta de cuidado de la Madre Tierra, es un efecto generado por no agradecer ni encomendar las acciones a los cuatro elementos principales de la vida agrícola que son la Tierra, el Agua, el Viento y el Fuego. El problema de la sequía, según Carmita, está relacionado con “nosotros mismos”.

Por otro lado, a raíz de la globalización de mercado capitalista y específicamente de la difusión de la Revolución Verde durante los años setenta, se dio inicio a determinados procesos de tecnologización de la agricultura, la ganadería y la pesca con la expectativa de aumentar la producción. Desde entonces, los índices de “desnutrición” de los países del “tercer mundo” han servido como iniciativa idónea para encausar el incremento de la productividad agroalimentaria. Sin embargo, detrás de esta eficiencia y productividad están estrategias económicas y políticas para potenciar el enriquecimiento de quienes conciben la agroalimentación en términos de rentabilidad y negocio.

En la actualidad, la globalización agroindustrial ha incidido y modificado las prácticas agrícolas de las po-

*1 Palabras de Juana, agricultora presente en el Muyu Raymi.

blaciones, indistintamente de su ubicación geográfica. En algunas comunidades de Cotacachi, estas prácticas adquiridas han sido potenciadas por el Estado, a través del ministerio responsable de la agricultura y la ganadería a nivel nacional, que provee semillas ajenas a las comunidades, las cuales son generalmente acompañadas por paquetes productivos también ajenos a sus prácticas agrícolas.

Adicional a esto, actualmente en el contexto ecuatoriano se realizan discusiones en la Asamblea Legislativa en torno a la Ley de Agrobiodiversidad, Semillas y Fomento Agroecológico, la cual podría complejizar el panorama agroalimentario si no mantiene la misma lógica estipulada en la Constitución Nacional [2] de resguardo y fortalecimiento a la agrobiodiversidad.

En el año 2010 se aprobó la Ley Orgánica del Régimen de Soberanía Alimentaria (LORSA), a partir de la cual se consolidó la Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria (COPISA) como ente responsable de generar las leyes conexas a la LORSA. Una de estas normas es la de Agrobiodiversidad, Semillas y Fomento Agroecológico que mencionamos.

Durante el transcurso de un par de años, la COPISA promovió la formación y discusión de esta ley con la participación de más de quinientas organizaciones campesinas, en particular, y de la sociedad civil, en general, y con el apoyo de más de tres mil personas conocedoras sobre cómo viabilizar el anteproyecto de ley en relación a las particularidades agroalimentarias del país.

En el año 2012, la propuesta de ley entró a discusión en la Asamblea Legislativa y fue apoyada por unanimidad. Sin embargo, el debate se detuvo sin explicaciones. En 2016, la Asamblea Legislativa retomó las discusiones en torno a esta ley con una propuesta diferente a la que la COPISA presentó en su momento. Es importante considerar que este último debate se volvió a generar después de la aprobación de dos legislaciones: la Ley de Recursos Hídricos, Usos y Aprovechamiento del Agua, aprobada en el año 2014; y la Ley de Tierras y Territorios Ancestrales, aprobada a principios del 2016. Así, las discusiones en torno a la Ley de Agrobiodiversidad,

Semillas y Fomento Agroecológico no están aisladas de las dos legislaciones mencionadas, sino que detrás de estas tres normativas está de base la consolidación de una matriz productiva particular.

Esta situación genera inseguridades e incertidumbres ante la falta de claridad respecto a las diferentes propuestas de ley que están circulando. Desde la perspectiva de gran parte de organizaciones campesinas, estas tres leyes, las dos ya aprobadas y la que está en debate actual, no les representa, no defiende sus intereses ni les otorga derechos[3]. Por esta razón, se ha generado una movilización social de organizaciones del campo y de la ciudad para hacer un frente de resistencia en contra de estas leyes, y de toda legislación que signifique un avance a la capitalización de los recursos y los bienes comunes[4]. Esta situación no está aislada del contexto regional. En efecto, en varios países latinoamericanos también se han dado casos similares en relación a la aprobación de legislaciones que generan controversia en las organizaciones campesinas, movimientos sociales y sociedad civil, en general, por ser decretos que favorecen la productividad agroindustrial y no a la agricultura familiar campesina.[5] Como reconoce Carolina Pineda, abogada, socióloga e investigadora sobre los derechos colectivos y la protección de los conocimientos tradicionales asociados a semillas: “en el contexto de mercantilización de la vida generado por el sistema capitalista, las semillas han sido convertidas en un bien transable, apropiable y sustituible de transformación de su esencia con procesos biotecnológicos e industriales. La regulación y el control de estos procesos responden a diversos intereses, marcados especialmente por una lógica económica de acumulación: en los últimos veinte años, las semillas como mercancía se convirtieron en producto bandera de negocio de un importante sector tecno industrial, han generado dependencia de los agricultores a la oferta de paquetes tecnológicos con semillas comerciales, han modificado los hábitos alimentarios y han transformado la producción campesina” (Pineda, 2014: 55).

En esta sintonía, el Parlamentario Andino Pedro de La Cruz, uno de los invitados del Muyu Raymi, considera que las semillas se convirtieron en un gran negocio

*2 Artículos de la Constitución que resguardan la agrobiodiversidad, el libre uso de semillas campesinas, el respeto a los saberes ancestrales, la prohibición de transgénicos, y otros temas relacionados con la soberanía alimentaria: 14, 15, 57, 73, 281, 400, 401, 402, 322, 304, etc.

*3 <http://www.elcomercio.com/actualidad/conaie-marchaagraria-quito-propuestas.html>

*4 <http://www.accionecologica.org/component/content/article/1975-2016-10-26-13-26-37>.

*5 <https://www.grain.org/article/entries/5002-leyes-de-semillas-y-otros-pesares-los-pueblos-de-america-latina-las-cuestionan-e-impugnan>

y ante esta realidad que promueve la monopolización de la economía, el Estado es el responsable de garantizar los derechos fundamentales del ser humano que son el acceso al agua y al alimento:

“El mundo es multipolar, es diverso, se debe defender la diversidad. Hemos peleado porque Ecuador sea un estado plurinacional. Para nuestra cosmovisión, todo es ser vivo, todos somos hermanos. Defender esto es defender la vida para que la especie humana permanezca en el tiempo frente a los grandes intereses económicos. La semilla y el agua son un gran negocio. El estado debe proteger para que todos tengamos derecho humano a la comida, al agua, que son derechos fundamentales. Por eso la defensa de la agrobiodiversidad es la defensa de la vida misma. Las plantas están relacionadas con el ser humano. El agronegocio significa monopolización de la economía y de la alimentación. Queremos que haya diversificación de los cultivos. Estas ferias deben entrar en las legislaciones nacionales e internacionales para que se difundan y que tengan este apoyo porque el Estado debe responsabilizarse”.

Según Pedro de La Cruz, una de las maneras en las que el Estado debería responder ante la realidad del agronegocio es por medio de la institucionalización de espacios de encuentro similares al Muyu Raymi que promuevan la defensa de la agrobiodiversidad. Es decir, tal y como él lo expresó, defender la agrobiodiversidad vendría a ser “la defensa de la vida misma”.

Muyu Raymi: la fiesta de la semilla

El Muyu Raymi se realiza hace quince años, como un espacio que potencia la restitución de la agricultura campesina y, con ella, todas las prácticas y saberes que proveen la preservación de la tierra. Se trata de una iniciativa que promueve la reivindicación de la identidad indígena campesina de las comunidades de Cotacachi lideradas por la Unión de Orga-

nizaciones Campesinas e Indígenas de Cotacachi (UNORCAC).

El eje central de la festividad es el muyu, que significa en quechua “semilla, círculo, ciclo, base, fundamento”. Muyu Raymi es, entonces, la fiesta de la semilla que es la base y el fundamento.

En esta festividad se celebra el resguardo de la semilla y de la agrobiodiversidad lograda tras mucha dedicación, esfuerzo y transmisión de conocimientos adquiridos de generaciones campesinas pasadas.

Convocada por la iniciativa del Comité Central de Mujeres de la UNORCAC y apoyada por organizaciones públicas y privadas[6], el Muyu Raymi fortalece los vínculos sociales de varias comunidades campesinas a nivel cantonal e interprovincial, y plantea la urgencia de luchar a favor de la soberanía alimentaria para hacer frente al incremento de la dependencia económica del mercado. Según Luz María, una de las dirigentas del Comité Central de Mujeres, la soberanía alimentaria significa “que soy libre de sembrar lo que yo quiero para no depender del mercado. Es tener una variedad y una diversificación de alimentos para la familia y para compartir con los otros” [7].

Ese día que amanece en Cotacachi es uno más como cualquiera para muchas personas de la ciudadanía ecuatoriana, mientras que para los campesinos de este lugar es un día decisivo para sus prácticas agrícolas, para su siembra, su cosecha, su producción y su alimentación. El sol ilumina las faldas de la Mama Cotacachi, que junto a la gente presente, da la bienvenida a la festividad del Muyu Raymi. En preparación para el día de la siembra, el 24 de septiembre, el Muyu Raymi convoca a las personas agricultoras de la zona de manera particular, aunque no exclusivamente, para que participen de una exposición e intercambio de semillas con la intención de enriquecer la agrobiodiversidad del cantón y concientizar sobre la necesidad de afianzar las iniciativas de restitución de la misma. En esta ocasión, son cerca de doscientas personas agricultoras que participan de la fiesta, en medio de un total de más de ochocientas personas residentes y visitantes, nacionales y extranjeros.

*6 UNORCAC, Comité Central de Mujeres de la UNORCAC, Municipio de Cotacachi, Asamblea de Unidad Cantonal de Cotacachi, Centro de Investigaciones Ciudad, Terre des Hommes, Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuacultura y Pesca, INIAP, FAO, Fundación Heifer, Parlamento Andino, Prefectura de Imbabura, CARE, Instituto Nacional de Economía Popular y Solidaria.

*7 Palabras de Luz María, una de las dirigentas del Comité Central de Mujeres.

Con el pasar del tiempo, la iniciativa posicionó como un evento de importancia cantonal y esto ha potenciado la convocatoria. En las calles laterales de la plaza se colocaron distintos puestos de exposición e intercambio de semillas, exposición de saberes y sabores de Cotacachi, feria de gastronomía andina, feria de emprendimientos, feria de productos agroecológicos. Durante toda la jornada, se celebra a la semilla, su esencia tangible e intangible, con cantos, música, bailes y obras de teatro. Por medio de la teatralización se vivifica, por un lado, la relevancia de la comunidad, de su trabajo conjunto y de su interdependencia en las prácticas agrícolas de siembra y cosecha, y, por otro lado, la lucha por la libertad de los grupos indígenas campesinos en épocas de dominio y explotación.

La luz del cielo abrillanta los productos y las semillas expuestas por parte de sus manos cuidadoras. El 90% de las personas agricultoras presentes son mujeres que llegan de comunidades aledañas y de otras provincias ecuatorianas, acompañadas de sus pequeños niños y niñas, a exponer el fruto de sus coloridas cosechas e intercambiar sus semillas con el resto de sus compañeras.

En medio de la globalización que influye en todo grupo social y pretende la unificación de las prácticas agrícolas y alimentarias, el Muyu Raymi propone un espacio de visibilización de diversidades como contraste ante la pretendida -pero imposible en este contexto- homogeneidad.

Agrobiodiversidad e intercambio: “De mano en mano damos vida a nuestras semillas” [8]

*“La semilla es un hijo que tengo
porque cada semilla que va naciendo; es parte de una”[9]*

Si bien la dinámica de intercambio de semillas ha estado presente en el saber y el hacer de diversas comunidades campesinas, con el Muyu Raymi se logró consolidar un intercambio dentro y entre comunidades, lo cual ha favorecido la restitución de semillas perdidas. El espacio de encuentro del Muyu Raymi permite que personas agricultoras se conozcan entre sí y conozcan también los productos agrobiodiversos de comunida-

des vecinas y de otras provincias.

La agrobiodiversidad adquirida en nuestros días es resultado de prácticas de domesticación por parte del ser humano que se fueron consolidando en conocimientos y sabidurías específicas para la diversificación de los productos y el mejoramiento de los cultivos. A diferencia de la biodiversidad que nace, florece y vive, independientemente de la manipulación del ser humano e incluso pese a la intervención del mismo, la agrobiodiversidad es un recurso natural que requiere, necesariamente, del acompañamiento y el cuidado de manos protectoras.

En este sentido, la agrobiodiversidad es fruto, en términos literales, de la relación de interdependencia entre la naturaleza y la sociedad. Con ayuda, conciencia, dedicación y corresponsabilidad la sociedad convierte a la biodiversidad en sustento, en medicina, en alimento. A partir de esta estrecha relación que se vislumbra en las prácticas de las sociedades campesinas, se configuraron quehaceres particulares y, así también, se enriquecieron culturas e identidades específicas de una vida cotidiana basada en la relación entre la semilla y las manos agricultoras.

Varias agricultoras presentes en el Muyu Raymi, reconocen la importancia de cuidar a la semilla: “tiene que cuidar a la semilla como a su bebé, tiene que darle de comer, limpiarle y, si se enferma, cuidarle [10]

Resulta relevante reconocer que esta realidad forma parte de la vida de diversos grupos sociales de campesinos y campesinas en diferentes lugares de Sudamérica, independientemente de sus diferencias espaciales y temporales. Por ejemplo, la organización colombiana Grupo Semillas explica de esta manera su cosmovisión en torno a las semillas: “desde los orígenes de la agricultura, las semillas son un componente fundamental de la cultura, los sistemas productivos, la soberanía y la autonomía alimentaria de los pueblos. Las semillas son el resultado del trabajo colectivo y acumulado de cientos de generaciones de agricultores que las domesticaron, conservado, criado, utilizado e intercambiado desde épocas ancestrales. Múltiples grupos humanos en diferentes regiones han mejorado y adaptado variedades a un amplio rango de ambientes, condiciones climáticas, sanitarias, de suelos, y a requerimientos culturales, pro-

*8 Lema del Muyu Raymi.

*9 Palabras de Luz María.

*10 Palabras de María, agricultora presente en el Muyu Raymi.

ductivos y socioculturales” (Grupo Semillas, 2014: 38).

Así, la agricultura campesina e indígena en Sudamérica, desde sus inicios hace miles de años, se ha dedicado a seleccionar, mejorar, obtener, guardar, multiplicar e intercambiar semillas libremente. La transmisión libre de saberes y de conocimientos, a partir de las experiencias ancestrales de toda persona agricultora, ha marcado las relaciones humanas con la madre tierra, proveedora y dadora de alimentos y de vida, y ha contribuido en la difusión de las bases de nuestra actual biodiversidad agrícola. La semilla no solamente representa un ente material, sino que es la fuente de vida, de sustento y de esperanza vital que contiene en sí misma la promesa de cultura y de provisión futura.

En ese contexto, podemos dar cuenta de que la semilla, lejos de ser valorada solamente por su esencia productiva material, es también apreciada como un componente fundamental para la cultura. Por tanto, vale la pena resaltar la trascendencia de la materialidad de la semilla y reconocer que su valor no empieza y termina en su compleja composición biológica de la cual brotan raíces y frutos comestibles, sino que su valor está también dado por la fuerza simbólica que permanece en el conocimiento ancestral acumulado generador de identidad y cultura. En esta sintonía, Vandana Shiva, la física ecofeminista de la India que ha contribuido a la conformación de frentes de lucha a nivel mundial por la defensa y la libertad de las semillas, concibe que en la semilla está el corazón de la cultura.

Complementando, Pineda explica: “Las semillas son parte de la biodiversidad del planeta e implican un entramado de relaciones históricas que permiten la existencia biológica y social de la especie humana como parte de un sistema de vida complejo y dinámico. Las semillas son organismos vivos con propiedad de auto-regeneración y auto-reproducción que interactúan dentro de los ecosistemas y construyen la unidad básica para la producción agrícola o la medicina; la agricultura integra la comprensión de conceptos biológicos sobre las semillas, los procesos de modificación y adaptación realizados durante generaciones en diversos territorios y las prácticas culturales para su uso y reproducción” (Pineda, 2014: 54).

La vida humana ha dependido plenamente de los bie-

nes naturales que se encuentran en el planeta. Desde miles de años, los pobladores de la tierra, al relacionarse con la naturaleza, encontraron diversos frutos y descubrieron distintas maneras de reproducir, multiplicar, conservar y mejorar la calidad de los alimentos. Pobladores de distintas regiones construyeron conocimientos agrícolas según contextos particulares en los que varían aspectos como el clima, la altura, la vegetación, la biodiversidad y demás.

Las características particulares de cada región generaron la consolidación de un saber agrícola específico de ese lugar particular, para el aprovechamiento y la conservación de los bienes naturales de ese espacio determinado. Así, las sociedades construyeron su racionalidad simbólica a partir de sus conocimientos y saberes, sus prácticas y rituales, sus cosmovisiones, culturas y modos de vida, a partir de las relaciones que consolidaron con sus diversos medios naturales, en general, y con la semilla, en particular.

Vandana Shiva explica: “la relación que el hombre encara con la semilla está relacionada con su construcción cultural, es decir, con la forma en que cada sociedad entiende y se entiende frente a la naturaleza” (cita de Perelmuter, 2011:66).

Por estas razones, “puede decirse que al perder las semillas, la gente pierde el conocimiento de cómo cultivarlas, cómo manejarlas y cómo usarlas; perder las semillas no solamente significa perder algo físico sino que es perder prácticamente la cultura” (Pineda, 2014:55). Ante un contexto de globalización agrícola, se concibe aún más necesario el resguardo de las semillas propias por su particular inmanencia.

Una mujer agricultora presente en el Muyu Raymi, explica:

“La semilla es lo más importante. Tenemos que tener diferente semilla para cada terreno. Cada maíz tiene su propio tipo de comida. Guarden sus semillas propias en cada comunidad, porque las semillas que vienen en estos tiempos ya no valen para sembrar para otro año. Cada uno tenemos que tener cuidando las semillas en nuestras propias comunidades”[11]

*11 Palabras de Dolores, agricultora presente en el Muyu Raymi.

El intercambio es una de las muchas prácticas sociales consolidadas por generaciones en la vida cotidiana de comunidades campesinas para sobrellevar el desafío de domesticación del recurso biodiverso que es la semilla. En la práctica de intercambio de semillas no solamente se evidencian beneficios en torno a la agrobiodiversidad, también se consolida la relación de interdependencia entre biodiversidad y sociedad, y contribuye a que se tejan lazos de interdependencia social.

En este sentido, el fortalecimiento de la colaboración recíproca de las relaciones humanas es también un requisito necesario en la dinámica de consolidación y permanencia de la agrobiodiversidad. La semilla viene a ser, entonces, un recurso biodiverso que depende no solamente de su propia relación con el ser humano sino también del afianzamiento de lazos humanos en términos equitativos e igualitarios. Requiere de relaciones sociales de apoyo y ayuda, y de una cosmovisión basada en una filosofía de vida de reciprocidad: “yo soy tú, tú eres yo”[12]

Por todo ello, el Muyu Raymi es un espacio de intercambio de semillas, de experiencias, de saberes y de consolidación de relaciones fraternales. La semilla es productora de vida y constructora de relaciones sociales: “es como tener un oro porque voy a reproducir y a dar de comer a otras personas”[13]

Mujeres: guardianas de saberes y de semillas

Las mujeres campesinas presentes en el Muyu Raymi que se instalaron en el parque central de Cotacachi, en la Plaza Matriz forman tres hileras anchas de color blanco a lo largo de la calle, repletas de agrobiodiversidad. Son mujeres indígenas adultas, tienen entre veinte y setenta años. Sus vestidos son elegantes: llevan una blusa blanca delicadamente bordada con flores y decoraciones de colores vivos que les cubre hasta el antebrazo, una falda oscura que se la ubican en la cintura y les llega hasta los tobillos, un cinturón multicolor tejido, calzan sus pies desnudos con alpargatas, se cubren su cabeza del sol con un sombrero o un manto, tienen collares que parecen de oro, y pulseras y aretes de bellos colores.

Sentadas en el suelo, cada una de las mujeres expone un promedio de ochenta productos sobre las hileras o

sobre mantas, según las variedades, de tubérculos, frutas, hierbas, cereales y verduras. También cuentan con papas, mellocos, limones, archorcas, jícama, mashua, maíz, fréjol, cilantro, zanahoria, perejil, arveja, quínoa, trigo, arroz, oca, hierba buena, y muchas variedades más.

Los colores del maíz resaltan con tonalidades amarillas, blancas, anaranjadas y moradas. Las agricultoras explican que cada una de las variedades tiene su propia función. El maíz es la base del alimento andino y con él se prepararon muchas variedades de comidas y bebidas. Rosita, una agricultora presente en el Muyu Raymi lo explica de la siguiente manera: “el maíz está en toda la comida, todo sale del maíz, es el más importante”.

El maíz crece con un compañero, el fréjol, que también tiene matices y variedades, y también están distribuidos en las mantas de las agricultoras. Cada manta recoge una parte de la historia de la vida de su agricultora. Una de ellas, Ximena, reconoce: “estas semillas vienen desde mi tatarra abuela”

En cada manta está la exposición tangible de la agrobiodiversidad, y la muestra de su trabajo, dedicación, tiempo, esfuerzo, todo lo invertido en el preparado de la tierra, en la siembra, en la cosecha y, sobre todo, en la preservación de la semilla. A la semilla hay que protegerla porque ésta es “como un bebé que necesita muchos cuidados”, así lo reconoce la agricultora Flora, una de las expositoras

El hecho de que la mayoría de las agricultoras sean mujeres, da cuenta de que son ellas las actoras fundamentales que viabilizan la agricultura campesina. Si bien, ellas mismas mencionan que los hombres suelen colaborar en algunas etapas particulares de los procedimientos agrícolas requeridos, como en la preparación de la tierra e inclusive en la siembra, son ellas las que llevan adelante el trabajo agrícola.

A las mujeres se les encuentra de manera permanente en las actividades agrícolas y, de manera casi exclusiva, son ellas quienes se hacen cargo de las prácticas de abonar, de cosechar, de seleccionar y guardar semillas, de vender productos en las ferias, y asumen, a la vez, las tareas de cuidado y mantenimiento del hogar. En palabras de la agricultora Juana: “a nosotras nos toca trabajar duro para poder producir”.

*12 Palabras de Carmita durante el acto ceremonial del Muyu Raymi.

*13 Palabras de Ayelén, agricultora presente en el Muyu Raymi.

El Muyu Raymi es una de las iniciativas que las mujeres organizadas del Comité Central de la UNORCAC han logrado consolidar para apoyar las tareas de las mujeres en el cuidado y resguardo de la soberanía alimentaria de sus hogares y comunidades.

El Comité cumple un papel primordial en la organización del festival. A partir de su organización, se logra la convocatoria a productores y productoras que conservan semillas, el intercambio de información y gestión de apoyo financiero con instituciones gubernamentales y organizaciones, gestión de materiales y de logística, atención de los puestos de exposición e intercambio de semillas, y la limpieza posterior al final del festival (CARE, 2015).

El Comité Central de Mujeres acompaña a mujeres de treinta comunidades de Cotacachi y se ha consolidado para resguardar los derechos de las mujeres ante el maltrato y la desvalorización de su participación en las organizaciones. Actualmente, se ha logrado incrementar la participación de las mujeres, pero la lucha por el resguardo y la defensa de sus derechos todavía continúa. Así lo expresa la dirigente Carmita: "las mujeres de las organizaciones seguiremos adelante para que no se pierdan estas costumbres".

El Muyu Raymi permite revalorizar los saberes y conocimientos que no están institucionalizados y que no provienen necesariamente del sistema educativo convencional, pero de los cuales la población depende en términos de alimentación y agricultura, en particular, y en términos de identidad y de cultura, en general. Este tipo de prácticas son un claro ejemplo de que a lo largo y lo ancho de los continentes, las diversas culturas construyen sus propios conocimientos en relación a su historia, su contexto, sus recursos, sus cotidianidades y sus cosmovisiones.

En ese sentido es importante recordar a Boaventura De Sousa Santos quien explica que no hay ninguna razón apriorística para privilegiar una forma de conocimiento sobre cualquier otra (De Sousa Santos, 2009: 88). Por tanto, no debería haber lugar a la conquista epistemológica de una forma de conocimiento sobre otra que provoque la ejecución colectiva de conocimientos.

Esta conquista epistemológica hace referencia a aque-

llo que De Sousa Santos ha catalogado como epistemicidio (2009: 81): El privilegio autoritario asumido por ciertas formas de conocimiento no es sino el producto de, en primera instancia, la invisibilización de toda otra expresión científica, la cual termina, en última instancia, produciendo la erradicación y el exterminio de saberes, sabidurías, ciencias, conocimientos, epistemologías diferentes a las hegemónicas.

Toda práctica, lejos de estar vaciada de contenido, está plagada de conocimiento y es por medio de ella que el ejercicio epistemológico se mantiene en edificación y reconstrucción permanente.

Por diversos motivos, las agricultoras no siempre pueden expresar todo el conocimiento de su experiencia y sus prácticas en el campo. La agricultora Ana María lo explica de la siguiente manera: "las mujeres tienen memoria, saben cuánto sembrar, cuándo sembrar, a qué distancia sembrar, cómo deshierbar, cómo limpiar, cuándo cosechar. Ellas miran la luna, a través de la luna se siembra. La tierra y la luna tienen una relación estrecha".

Hay sabiduría y conocimiento acumulado en las experiencias de las vidas cotidianas de las mujeres agricultoras. Deslegitimar, desvalorizar y no reconocer sus conocimientos significa destinarlos al epistemicidio.

Las palabras de algunas agricultoras explican el valor que la semilla tiene para ellas y reconocen que es más valiosa que el dinero, que la plata, que el oro:

"Las semillas son el tesoro más grande, a través de la semilla tenemos toda la alimentación. Aunque tenga oro, con el oro no puedo comer. Pero la semilla crece, se reproduce, nos da alimento. Por eso debemos cuidarla, protegerla, reproducirla".[14]

"La semilla es más que la plata, más que el oro. Aún sin plata se puede seguir viviendo porque con el grano se puede hacer el alimento. Sin ropa, puedo aguantar; sin bañarse, puedo aguantar; pero sin comer, no. Sin el alimento, sin la agricultura, sin la tierra, sin la semilla no se puede vivir".[15]

*14 Palabras de Luzmila, agricultora presente en el Muyu Raymi.

*15 Palabras de Nayeli, agricultora presente en el Muyu Raymi.

“Antes no era así, no había plata pero comían y no tenían cáncer. La madre tierra vale más que la plata” [16]

En medio de la festividad, se acercó un hombre extranjero, empezó a ver las semillas de una de las mujeres agricultoras, miró con detenimiento y seleccionó algunas para comprar. Mientras él seleccionaba las semillas, la mujer lo miraba y dejó que el hombre hiciera su selección. Él le ofreció dólares por las semillas seleccionadas. Pero ella no le permitió al hombre irse con sus semillas. La mujer le hizo saber que no estaban a la venta. Aunque para él fue extraño, aceptó, dejó las semillas en el lugar donde las encontró, y se fue.

Sus lógicas de adquisición de bienes son diferentes: para él, el dólar es lo que le da la posibilidad de obtener los recursos que cree necesitar; para ella, antes que el dinero, tiene más necesidad de la semilla, porque con la propia semilla puede acceder a otros bienes.

En otro momento, a otra de las compañeras agricultoras, le llegó la visita de una pareja, un hombre y una mujer, que se acercaron a su manta para comprar maíz morado, eligieron mazorcas bellas y le pidieron a la mujer que les deje llevar las mazorcas por un precio. Dentro de las mazorcas que eligieron, tomaron una que la mujer la tenía solamente para exposición pues era tan bella que estaba designada para semilla. La mujer dijo que esa no estaba para la venta. Ellos insistieron. Ella no se convenció. Le ofrecieron más dinero, pero ella no accedió. Se fueron con su dinero, ella se quedó con sus semillas.

Identidad: entre recuperaciones y patrimonialización

El desafío de recuperar las semillas exige, a la vez, la recuperación de la gastronomía cotacacheña pues es en la preparación de alimentos que surge la necesidad de consumir determinado producto fruto de una semilla. De esta manera, la dinámica que se construye en torno a la semilla no solamente tiene que ver con todo el proceso de siembra, cuidado y cosecha, sino que también consolida la dinámica que conlleva la preparación gastronómica de los platos típicos de la cultura de las comunidades que viven en el corazón de los andes cotacacheños: “hay que seguir innovando para que la nueva

generación no se olvide de los productos que tenemos aquí” [17]

La semilla es el primer eslabón de la cadena alimentaria y el mantenimiento de su permanencia requiere del último eslabón: el consumo. Así, a partir de la revaloración de la gastronomía tradicional es posible la permanencia de las semillas que se transforman en alimento, sustento e identidad alimentaria. Se trata de un proceso que se puede explicar a partir de un movimiento espiral creciente que tiene a una semilla como punto de partida y que se va convirtiendo en distintos colores y sabores gracias a la creatividad humana que combina alimentos, olores y nutrientes. En esta espiral se va construyendo una identidad gastronómica que depende del resguardo y la permanencia de las semillas.

La festividad del Muyu Raymi es un espacio que visibiliza la identidad campesina e indígena de Cotacachi a partir de elementos materiales como la agrobiodiversidad y la gastronomía. María Piñán, presidenta del Comité Central de Mujeres explica la relación entre la identidad y la semilla de la siguiente manera:

“La feria es un banco vivo sobre las semillas, sobre la identidad, cultura, tradición de nuestra gente de las comunidades. En la semilla están inmersas las prácticas culturales de la siembra y la agricultura. Están inmersas las mujeres como guardianas de las semillas, las mujeres relacionadas con la agricultura, el diario vivir, las fases lunares para la siembra, la gastronomía, el rescate de los productos nativos que están cada año en procesos de erosión genética. Con la fortaleza de las comunidades se logra recuperar semillas perdidas por las influencia alimentaria que viene de afuera y que afectan a la identidad y la preservación de las semillas”.

Una de las cuestiones fundantes de la necesidad de reivindicar la identidad campesina indígena de Cotacachi es el temor a la desaparición y al olvido. Para comunidades en las cuales la agricultura representa su vida cotidiana, perder las semillas y las prácticas que se encausan a partir de ellas, representa el camino a la desmemoria, y es por ello la agricultora Ana Luisa recomienda: “la semilla de los antepasados no debemos perder”.

*16 Palabras de Luisa, agricultora presente en el Muyu Raymi.

*17 Palabras de una mujer indígena estudiante de gastronomía que exponía su arte culinario en la exposición gastronómica del Muyu Raymi.

Ante este temor, se acude al recuerdo retomando tradiciones que fueron parte de la vida de los antepasados para que la memoria restaure y consolide el lazo entre aquellos que estuvieron y quienes están ahora, para evidenciar de dónde venimos y a qué identidad pertenecemos.

En la festividad del Muyu Raymi no solamente se potencia la tradición ancestral de intercambiar semillas, también se transmite entre madres e hijas e hijos la transmisión de la importancia de participar en estos espacios, de organizarse, de compartir conocimientos, de estrechar lazos de amistad y de afecto. Así, es en la transmisión que está la permanencia. Carmita reconoce la importancia de “enseñar a los niños acerca de esto para que no se pierdan nuestras costumbres, puesto que por no enseñar a nuestros niños es que se pierden todas estas costumbres”.

En ese sentido, una niña en la feria, que acompaña a su madre de quien aprendió a trabajar en la agricultura, cuenta:

“Venimos para exponer las semillas que producimos en nuestros terrenos. Yo ayudo a sembrar, a poner abono, a deshierbar, a cosechar. Escogemos los colores, escogemos las variedades, ponemos en costales. He aprendido esto de mi madre. Ella dice que algún día las empresas florícolas desaparecerán y volveremos todos a la agricultura. La semilla es lo que producimos en nuestras casas sin perder la tradición de cultura. Les digo a los jóvenes que siempre estén enfocados en la agricultura porque es algo que los antepasados nos dejaron. Vinimos solamente para exponer, no para vender. Les digo a los jóvenes que no es bueno comer muchas golosinas porque son puro químico. Cuando compramos en otras partes no podemos saber cómo lo hacen. Es más seguro comer lo que nosotros sembramos”.

La propuesta de exposición y concientización del Muyu Raymi es una iniciativa que forma parte del plan estratégico que la UNORCAC se ha propuesto como organización, en su responsabilidad de reivindicar los derechos de las poblaciones campesinas e indígenas de Cotacachi a partir de la revalorización de sus costumbres, de sus prácticas y de su identidad. Esta festividad y exposición que se realiza todos los años antes de la época

de la siembra, es una demostración tangible y material de la riqueza que existe en el cantón de Cotacachi. Es gracias al esfuerzo, la dedicación y la lucha por la restitución de la autodeterminación de la organización campesina que fomenta la UNORCAC que esta festividad ha logrado conseguir cada vez mayor convocatoria y colaboración de instituciones públicas y privadas.

Si bien el Muyu Raymi se realiza una vez al año, la UNORCAC lleva adelante otras acciones e iniciativas para fortalecer el resguardo por la seguridad y la soberanía alimentaria.

A partir de esta estrategia principal, se desprenden acciones concretas como el fomento de la producción agroecológica, la conservación de la agrobiodiversidad, la revalorización de la gastronomía tradicional, el consolidar valor agregado de los cultivos nativos, el fomento del agroturismo, la educación y sensibilización por la soberanía alimentaria, y otras iniciativas más que van por la misma línea.

A raíz de todo este esfuerzo por resguardar la soberanía alimentaria, la UNORCAC asumió el desafío en su plan estratégico del 2008 al 2018 de conseguir la declaratoria de patrimonio cultural de agrobiodiversidad del cantón de Cotacachi, como mecanismo para conservar y revalorizar la riqueza natural, material e inmaterial relacionada con la agricultura y la agrobiodiversidad. Se empezaron a tomar acciones para lograr esta meta en el transcurso del año 2015 y ahora consta como parte de la agenda regulatoria que la municipalidad del cantón debe promulgar.

Toda sociedad construye un constante camino de transformación en el que determinados elementos materiales, historias, experiencias, ideas y demás se van acumulando y van generando significaciones e identidades. Y es a partir de esta colección y recolección de elementos que se van forjando y fortaleciendo identidades culturales representativas y significativas para cada sociedad. En palabras de Bonfil Batalla, cuando hablamos de patrimonio cultural de un pueblo, nos referimos al acervo de elementos culturales que una sociedad determinada considera suyos y de los que echa mano para enfrentar sus problemas, para formular e intentar realizar sus aspiraciones y sus proyectos, para imaginar, gozar y expresarse.

El patrimonio cultural de cada pueblo está plasmado en aquello que se puede ver, saborear y escuchar como

su vestimenta, su comida, sus celebraciones, sus cantos y rituales, pero también en aquello que no es palpable ni tangible como su cosmovisión acerca de la vida, sus relaciones sociales, sobre el lugar que ocupa la naturaleza en sus experiencias, sus conocimientos y saberes ancestrales, sus sentidos acerca de sí mismos y otras culturas.

Así, el patrimonio cultural no está restringido a los rasgos materiales del pasado sino que abarca también costumbres, conocimientos, sistemas de significados, habilidades y formas de expresión simbólica que corresponden a esferas diferentes de la cultura, y que pocas veces son reconocidas explícitamente como parte del patrimonio cultural que demanda atención y protección (Bonfil Batalla, 2003: 48).

La solicitud de declaratoria de patrimonio cultural de Cotacachi como cantón agrobiodiverso es una estrategia que busca el resguardo y la conservación de la riqueza material e inmaterial de la población campesina e indígena del cantón, ante las diversas amenazas que ponen en riesgo su identidad, su salud, sus saberes, sus recursos naturales, sus sabores, su soberanía. La patrimonialización como demanda, estrategia y meta significaría la obtención de un sustento legal de protección que enriquezca aún más sus procesos de resiliencia y permita seguir construyendo la reivindicación de los derechos de la población campesina indígena en su "Cotacachi, Tierra de Sol, de Culturas Vivas por el desarrollo" [18].

Palabras finales

La quipa [19] suena. Con sus pies descalzos y sus manos abiertas en dirección a la manta que tiene justo a su frente, Carmita cierra sus ojos y menciona palabras en tono de oración:

"Oremos al Padre Imbabura, Madre Cotacachi, Yana Urcu, a ustedes les pido su poder. Mama Tránsito Amaguaña, Dolores Cacuanga y otras más, y que ustedes nos rinden sus conocimientos y su presencia esté aquí y que nos inunde de su valor para poder llevar adelante todas estas ideas a todos los presentes y, en especial, a las

autoridades para que nosotros los indígenas no seamos olvidados. A ustedes les pedimos que nos ayuden en cualquier tropiezo que tuviéramos para poder levantarnos y seguir adelante. Y así como ustedes, llenos de su valor y sencillez aunque sin educación, fueron fuertes y valientes. En este momento les pedimos todo esto, así sea. Nuestros abuelos nos decían que nosotros solos podemos curarnos nuestras dolencias ya que toda medicina la tenemos en las hierbas del campo. Que el agua del río pueda limpiar nuestras dolencias y llevárselas, o el humo del fuego junto con el viento llevarse nuestros dolores. Y es así que se curaban nuestros ancestros. Si te sentías débil, es el fuego quien te daba las fuerzas necesarias. Por eso hacemos esto, para curar cualquier dolencia que tengan los presentes.

La quipa vuelve a sonar. Carmita toma en sus manos el plato de barro de donde sale constantemente humo y recorre el círculo de personas que rodean la manta. En su recorrido va subiendo y bajando el plato, y el humo llega a quienes la rodean. Mientras ella va pasando, las personas presentes hacen reverencia, toman el humo con sus manos y se lo ponen en el rostro y en el cuerpo. La ceremonia termina con estas palabras: "tú eres yo, yo soy tú".

*18 Rótulo de bienvenida a la entrada de Cotacachi.

*19 La quipa es un instrumento musical muy antiguo. Es un caracol marino de gran tamaño que produce un sonido muy fuerte y particular. También se lo conoce como caracol, churo, pututo, llakachu, páwanka, kunguo o quero. En tiempos antiguos, este instrumento se utilizaba para convocar a trabajos comunitarios, a mingas o para llamar a eventos de mucha importancia. En este caso, el cantar de la quipa se entona para celebrar a la semilla como fundamento.

Bibliografía

- BONFIL BATALLA, Guillermo (2003). Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados. En: Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos 9. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- CARE Ecuador. (2015). Mujeres: su rol en la soberanía y seguridad alimentarias desde los saberes y la identidad cultural. CARE: Ecuador.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2009). Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GRUPO SEMILLAS (2014). Las leyes de semillas aniquilan la soberanía y autonomía alimentaria de los pueblos. En: Alianza Biodiversidad. Leyes de Semillas y otros pesares: los pueblos de América Latina la cuestionan y la impugnan.
- INEC. (2010). Censo de Población y Vivienda. Quito: INEC. Ecuador.
- PINEDA, C. (2014). Los derechos colectivos y la protección de los conocimientos tradicionales asociados a semillas. Un debate bioético en Colombia. En: Bienes Comunes. Espacio, conocimiento y propiedad intelectual. Buenos Aires: CLACSO.
- PERELMUTER, T. (2011). Bienes comunes vs. Mercancías: las semillas en disputa. Un análisis sobre el rol de la propiedad intelectual en los actuales procesos de cercamientos. En: Sociedades Rurales, Producción y Medio Ambiente Vol.11 Núm. 22.
- RHOADES, Robert. (2006). Desarrollo con Identidad: comunidad, cultura y sustentabilidad en los Andes. Quito: Abya Yala.